

¿Un alma para Europa?

Ignace BERTEN*

Resumen

Es una necesidad política plantear y debatir públicamente las cuestiones de sentido, de cara a los desafíos actuales de nuestra sociedad: paro, medioambiente, biotecnología, etc. Es una necesidad que se plantea a nivel de las naciones y al nivel mismo de la Unión Europea. ¿Cómo definir la dignidad humana?, ¿por qué y en nombre de qué urgir una solidaridad? Para encontrarse con estas preguntas fundamentales y para contribuir a la formación de amplios consensos políticos es necesario que digan algo, dentro de un diálogo constructivo, las diferentes tradiciones europeas de sentido: Iglesias, religiones, asociaciones de humanismo laico. La Iglesia católica debe asumir su responsabilidad en esta búsqueda común, llevando al mismo tiempo unas convicciones fuertes pero también una actitud de modestia y de apertura al otro.

¿Pueden las Iglesias y las religiones contribuir a la construcción de una Europa más humana?, ¿tienen una palabra adecuada para los debates de la sociedad actual?, ¿se espera algo de ellas?

En cualquier caso, he aquí un hecho: que la Comisión Europea les ha dirigido una petición. ¿Qué puede significar?

Abstract

A SOUL FOR EUROPE?

It is a political necessity to raise and to debate publicly the questions of sense facing the current challenges of our society: unemployment, environment, biotechnology, etc. It is a necessity raised at the level both of the nations and of the EU. How to define human dignity? Why and on behalf of what do we have to press for solidarity? To deal with these fundamental questions and to help towards the achievement of large political consensuses, it is necessary, within a constructive dialogue, to let the different European traditions of sense have their say: churches, religions, societies of lay humanism. The catholic Church must assume its responsibility in this common search, bringing forward its firm convictions and at the same time showing a modest and open attitude to others.

1. La Comisión Europea interpela a las iglesias

Relaciones entre la Comisión y las iglesias

Ya hace años que Jacques Delors, presidente entonces de la Comisión Europea, dirigió una petición a lo que podría denominarse "instituciones con significado": las iglesias cristianas,

* Ignace BERTEN es un teólogo dominico belga, miembro de ESPACES, en Bruselas y Estrasburgo.

el judaísmo y el islam en cuanto religiones europeas, las asociaciones del humanismo laico. Delors les pedía que contribuyesen explícitamente a la construcción europea. En apoyo a esta petición se puso en marcha un programa específico con el nombre "Donner une âme a l'Europe". Este programa estaba vinculado directamente a la presidencia, con el fin de financiar las actividades que requiriese tal petición. La gestión del programa se encomendó a una comisión reducida en la que estaban representados los cristianos, los judíos, los musulmanes y las asociaciones laicas, quedando la asignación de créditos en manos de la Secretaría general de la Comisión. El presupuesto era verdaderamente modesto, pero constituía una señal inequívoca de la importancia otorgada a esta iniciativa. El nuevo presidente de la Comisión, Jacques Santer, confirmó el programa.

Delors había instituido anteriormente, en el seno de la Comisión, un grupo permanente de reflexión en torno a los desafíos fundamentales de la construcción europea, dentro de una perspectiva humanista: la "célula de prospectiva", directamente dependiente de la presidencia y cuyo director era Jérôme Vignon. Su objetivo era hacer presente, en los trabajos de la Comisión, unos horizontes más abiertos que los que predominan en las Direcciones generales. Éstas son órganos muy técnicos, la mayoría con orientaciones altamente tecnocráticas y con la impronta de la primacía indiscutida de lo económico. Pues bien, esta célula era el interlocutor del programa "Donner une âme".

Con referencia a las Iglesias son variadas las instancias que, desde hace tiempo, están presentes en Bruselas y más modestamente en Estrasburgo. Están en relación permanente con representantes de la Comisión, del Parlamento y del Consejo: la EECS (Comisión Ecuménica para la Iglesia y la Sociedad) que representa a las iglesias protestantes y ortodoxas, la COMECE (Comisión de los Episcopados de la Comunidad Europea) que representa la parte católica, la OCIPE (Oficina Católica de Iniciativa y de Información sobre Europa) que dirigen los jesuitas y, más recientemente, ESPACES (Espiritualidades, culturas y sociedad en Europa) animada por los dominicos. OCIPE y ESPACES tienen un carácter menos oficial. En cualquier caso, la Nunciatura es la representación oficial de la iglesia católica. La célula de prospectiva organiza dos consultas al año sobre temas que tienen actualidad desde el punto de vista europeo, a las que invita a los representantes de las organizaciones anteriores.

Lugares para el diálogo en torno al sentido

La Comisión adoptó una serie de iniciativas —actualmente en curso— para estimular la participación de las instituciones de significado en el debate sobre la construcción europea. En Toledo tuvo lugar, en noviembre de 1995, un consulta inter-religiosa a alto nivel que reunió a cristianos, judíos, musulmanes y humanistas en relación con la reunión intergubernamental de

Barcelona en la que se iba a tratar la cooperación entre la Unión, África del Norte y el Oriente Medio. El objetivo de la reunión era tomar en consideración el factor religioso dentro de las relaciones internacionales.

Jacques Delors organizó una serie de coloquios europeos para la ciencia y la cultura sobre algunos temas de interés: derecho y democracia (Poznam), Europa y el Sur (Salamanca), el modelo europeo de sociedad (Lausana), la ciencia (Oxford), la educación (Bolonia), la ciudad (Bruselas), el mundo rural (Vezelay). A estas reuniones asiste siempre algún teólogo. La síntesis de esa primera serie de encuentros ha sido publicada con el título "En busca de Europa" ("En quête d'Europe")¹. Esta iniciativa la ha retomado Jacques Santer, organizando un primer encuentro en Lund acerca del trabajo y su futuro.

Algunas peticiones concretas se dirigen, con frecuencia, a las asociaciones religiosas. Por ejemplo, Jérôme Vignon pidió a ESPACES un estudio sobre la teología del trabajo². También pidió a la EECCS (Comisión Ecuménica) que hiciera un análisis para la Comisión de los proyectos de las Iglesias que inciden sobre el problema del desempleo³. En dirección contraria, fue iniciativa de la Iglesia (COMECE) un seminario de trabajo sobre los desafíos de la sociedad de la información, que reunió a representantes de las conferencias episcopales europeas y responsables de los medios de comunicación, por una parte y, por otra, el director general y los funcionarios de la dirección general XIII (telecomunicaciones).

El alcance de las peticiones

Al hablar de las llamadas que dirigen a la Iglesia las instituciones europeas surge inmediatamente una sospecha: ¿no se tratará de una manipulación o instrumentalización de las Iglesias? El proyecto europeo está atascado: la ratificación de Maastricht no ha sido sencilla, el primitivo entusiasmo de la opinión pública ha dado lugar al escepticismo, por no llamarlo desconfianza u oposición. ¿No se acudirá a las Iglesias para que aporten su capacidad de movilización ideológica para un proyecto económico cuyo crédito va a la baja?

En la primera generación de funcionarios europeos abundaban ampliamente los idealistas. Tenían muy claro el sentido del proyecto: una Europa de paz y de bienestar material para todos los europeos (del Oeste). La segunda generación era pragmática y tuvo éxito gracias al crecimiento. La explosión del paro, la caída del muro de Berlín, la continuas peticiones de ampliación... han quemado todas las cartas; se han acentuado las diferencias entre los Estados. ¿Qué hacer? ¿hacia dónde ir? Las preguntas son sobre el sentido y el significado específico de la construcción europea.

Numerosos políticos y funcionarios están viviendo hoy un desconcierto más o menos profundo. Muchos no lo dicen públicamente, y continúan trabajando como si nada pasase, pero ya casi no existe el entusiasmo. Hay una minoría que está convencida de la necesidad de plantear las preguntas de otra forma y a otro nivel, y que eso no puede hacerse sin profundizar en un

diálogo con las instancias de la sociedad civil. Es importante tropezarse con esa expectativa y reforzar su peso dentro de las instancias europeas. No vale la pena hacerse ilusiones: a pesar de la fuerte personalidad de Jacques Delors y la influencia que tuvo en los ambientes europeos, ésta es ahora una preocupación muy marginal entre el personal funcionario europeo⁴; y lo mismo sucede, y aún más, en las instancias políticas y económicas nacionales.

Así veo el contexto de la petición formulada por Jacques Delors.

2. La pregunta acerca del sentido, ¿una necesidad política?

Es necesario precisar el alcance de la petición dirigida por Delors a las "instituciones portadoras de sentido".

Se trata de una petición apoyada en un convencimiento, a la vez basado en la verificación de un hecho. Nuestra sociedad es cada vez más compleja, como consecuencia de las tecnologías puestas en funcionamiento y de la propia mundialización. Las tecnologías aportan de forma creciente eficacia y poder, cada vez en más terrenos y campos, con unas dimensiones y unos efectos cada vez más globales. La utilización de nuevas tecnologías puede tener consecuencias absolutamente determinantes para la existencia humana individual, para las formas que adoptarán nuestras sociedades y para el futuro de nuestro planeta. Pero estas tecnologías generan

igualmente dificultades, amenazas, problemas crecientes. Por otra parte, vivimos en una economía mundializada; al mismo tiempo que se convertía en trans-nacional, cobraba mayor autonomía con relación a las sociedades nacionales. Los efectos de este fenómeno sobre nuestra sociedad parecen cada vez menos controlables, dentro de los márgenes actuales de acción: desestructuraciones, fracturas crecientes. Las herramientas de la economía y de la técnica se muestran demasiado limitadas para poder ofrecer orientaciones y respuestas satisfactorias y eficaces frente a los temas y problemas que todo ello suscita.

Algunos ejemplos

- El desempleo se ha convertido en el mayor problema de las sociedades occidentales, pero particularmente en las sociedades europeas que se caracterizan por un contrato social relativamente sólido. El paro amenaza al propio crecimiento, mina la cohesión social, engendra violencia y caos, alimenta el racismo y la xenofobia, pone en peligro la estabilidad de las democracias, etc. No existe una respuesta económica o política para este dramático fenómeno que no responda, de una u otra manera, a preguntas fundamentales del siguiente tenor: ¿cuál es el sentido de la vida en sociedad?, ¿qué es la solidaridad?, ¿cuáles son sus fundamentos?, ¿cuál es el sentido del trabajo?, ¿qué lazo existe entre el trabajo y su retribución?, ¿qué relación cabe entre el trabajo y el derecho a una existencia digna, y por tanto a las rentas que la hacen posible?

- El desarrollo rápido y masivo de las técnicas de transporte, de la producción agraria e industrial; la acumulación de residuos industriales y de los que son producto del consumo humano; las múltiples formas de externalidades negativas de los procesos de producción... tienen serias consecuencias medio ambientales: agotamiento de algunos recursos más o menos escasos, contaminación del agua, del aire y de la tierra, ataques a la capa de ozono, recalentamiento de la atmósfera, etc; los riesgos de grandes catástrofes son considerables (Seveso 1976, Bopal 1984, Chernóbil 1986...). Es difícil medir las consecuencias en su conjunto, no siempre es posible determinar claramente las relaciones de causa y efecto (piénsese en el agujero en la capa de ozono). Hoy no se puede negar la existencia de problemas del medio ambiente y, además, que estos problemas son crecientes. No se puede seguir negando la amenaza más o menos grande de estos problemas para la calidad de vida humana en estos momentos y en mayor medida, sin duda en el futuro. Ante una evidencia de este calibre: ¿en nombre de qué una privación individual para favorecer una vida colectiva de mayor calidad, cuando es evidente que mi comportamiento, en tanto que individual, no tiene ningún efecto sobre el comportamiento global (la acumulación de comportamientos individuales es lo que resulta peligrosa)? ¿En nombre de qué las futuras generaciones —es decir, rigurosamente aquellos que todavía no existen— tienen ya hoy derechos sobre nosotros? ¿Cómo pueden reivindi-

car, como si ya existiesen, que nosotros limitemos hoy nuestro modo de vida para que ellos tengan una existencia más digna o confortable en un futuro más o menos lejano?

- El desarrollo de la biotecnología permite intervenir en numerosos procesos vitales. En el caso de las plantas y de los animales se trata de aumentar la productividad para alimentar a la población humana, de reducir los costes, de aumentar los beneficios. Pero también el ser humano es objeto de posibles manipulaciones, en el sentido ambiguo de esta palabra, a la vez positivo y negativo: intervenciones sobre los cuerpos, desde el momento de la fecundación; intervención también sobre lo psíquico. Hay que plantearse dos tipos de preguntas: ¿a qué se arriesga la salud de los seres humanos? (Como ejemplo, las vacas locas; pero también la utilización de ciertos medicamentos, como la talidomida —a comienzo de los sesenta— o el Softenon —el anticonceptivo que ha causado tantas malformaciones). Y yendo a lo más fundamental: ¿qué es la dignidad humana? ¿qué es lo que consideramos digno o indigno del ser humano, por ejemplo, respecto al nacimiento o a la muerte? ¿cómo y en nombre de qué discernirlo y decidir colectiva —y por tanto políticamente— lo que puede o no autorizarse?

- El desarrollo de las tecnologías de la información y de la comunicación va a transformar profundamente la sociedad, las formas de producción, el trabajo, la educación, la cultura y las diversiones, las relaciones colectivas, las representaciones del mundo,

etc. ¿Facilitará todo esto la expresión y la coexistencia de las diferencias o, al contrario, homogeneizará todavía más las culturas? ¿Contribuirá a la democracia o favorecerá una sociedad de control? ¿Permitirá un mejor desarrollo para todos o intensificará los procesos actuales de fractura y de dualización de las sociedades, de sectores amplio de población, y de países enteros arrojados fuera de los intercambios económicos y por tanto de los recursos materiales y culturales? ¿Qué clase de gestión cabe entre el desarrollo y las limitaciones técnicas, fuerzas del mercado, regulaciones sociales y políticas y... en nombre de qué?

- Los recursos económicos y materiales son limitados. Muchísimas cosas son teórica y prácticamente posibles. Pero todo no es posible al mismo tiempo: los costes de investigación y la realización de los grandes proyectos técnicos son tan elevados (por ejemplo, el túnel del canal de la Mancha) que no es posible pensar en la realización de todos ellos (la NASA redujo en gran medida sus proyectos y ambiciones espaciales debido al crecimiento de los costes). Se trata pues de elegir... y constantemente se realizan estas elecciones (la televisión numérica en vez de la televisión de alta definición, ya que el desarrollo simultáneo de ambas tecnologías tenía un coste demasiado alto). Pero, ¿en nombre de qué se efectúan estas elecciones? Porque en el futuro ésa será la pregunta a la que habrá que hacer frente cada vez con más frecuencia. El criterio que actualmente se

sigue es, prioritariamente, el de la rentabilidad económica y a veces el del prestigio, con errores de apreciación más o menos frecuentes. Es éste ciertamente un criterio a tener en cuenta, pero ¿es el criterio determinante?, ¿cómo y en nombre de qué se podría hacer intervenir otros criterios de tipo social o cultural, incluso espiritual?, ¿cómo llegar a una ponderación del conjunto de criterios?

Podrían seguir multiplicándose los ejemplos a partir de los riesgos tecnológicos más amenazadores, los problemas demográficos, los criterios economicistas en las políticas de salud pública, de la difusión o proliferación de armas nucleares, químicas o bacteriológicas, etc.

La necesidad de un debate democrático

Ante temas como el trabajo y el paro, el medio ambiente, la salud, la información y la comunicación, así como ante otros muchos, es urgente que pueda tener lugar un debate de sociedad, un debate democrático: hay que elegir, hay que tomar decisiones. Quiérase o no, ya se están haciendo estas elecciones. Y se hacen, simplemente y ante todo, por la inercia de las cosas: las no-decisiones comprometen ya el futuro, y a menudo gravemente y de forma irreversible. Las decisiones se toman igualmente por la dinámica propia del sistema económico y del sistema técnico, una especie de energía cuya dirección parece casi automática y necesaria (por ejemplo, el dogma de la competitividad). Se to-

man opciones en función de las decisiones de algunos actores económicos o políticos, guiados frecuentemente por razones coyunturales, por visiones a muy corto plazo... Todas estas decisiones implícitas o explícitas, directamente queridas o más o menos otorgadas, están comprometiendo las condiciones de la existencia de las personas, a nivel individual, interpersonal y colectivo. Y sin embargo, este parámetro fundamental que son las condiciones de la existencia humana no intervienen prácticamente en las elecciones y las decisiones, y no es objeto de un auténtico debate público. Son tan considerables los peligros humanos y societales de una conducta de este tipo que se puede llegar a situaciones sin retorno.

Los poderes nacionales tienen que tomar, a su nivel, decisiones políticas y económicas. Pero la mayoría de las cuestiones no son simplemente nacionales, sino transversales: las decisiones no son realmente eficaces si no es a un nivel superior, a menudo, y de forma ideal lo decimos, a nivel mundial. Europa constituye, sin embargo, un conjunto adecuado para muchas preguntas.

3. El “retorno de lo religioso”: ¿marcha atrás o apertura?

Un futuro cada vez más incierto

¿Podríamos preguntarnos por qué estas cuestiones de significado se presentan precisamente ahora? Indudablemente intervienen factores bien

diversos. Por una parte nos encontramos con que en Europa occidental, después del siglo XIX y muy especialmente a lo largo del período que se ha dado en llamar “los treinta gloriosos”, el conjunto de la sociedad ha vivido en un dinamismo de crecimiento continuo y, tras la segunda GM, ha experimentado un crecimiento extremadamente intenso. Se propuso y se vivió un determinado sentido de la historia: el del crecimiento; todos podían esperar, para ellos y para sus hijos, que el mañana podía ser mejor al hoy, bajo el punto de vista del conjunto de las condiciones de vida. Hoy esta dinámica se ha paralizado: nadie sabe ya cómo será el mañana, porque el futuro arrastra casi más amenazas que promesas; y si todavía cupiese el crecimiento, nadie puede estar seguro de participar en él.

El desarrollo de las tecnologías, por otra parte, plantea problemas enteramente inéditos debido a sus nuevas capacidades: las posibilidades de la biotecnología para intervenir en la célula del cuerpo humano suscitan preguntas de género bien diferente que las que se refieren a la intervención de los medicamentos curativos; los nuevos instrumentos de comunicación y de información plantean temas sociales de tipo bien distinto a los de la introducción del vapor y del ferrocarril, etc.

Este debate necesario es un debate sobre el sentido, acerca del significado y no puede tener lugar si no está alimentado por las diversas corrientes de sentido de las que nuestras culturas son portadoras. Pertene-

ceмос a sociedades dualistas y, sin duda, definitivamente pluralistas, independientemente de que uno se alegre de ello porque lo considera una garantía del reconocimiento de la libertad y de la dignidad humanas, o porque sea motivo de lamento en la nostalgia de la unidad perdida. Este pluralismo es un recurso importante para hoy. Las tradiciones religiosas —no sólo las diferentes tradiciones cristianas, sino también el Judaísmo y el Islam, dado que éste se ha convertido en una religión europea— y las tradiciones del humanismo laico son portadoras de una experiencia histórica acerca del sentido de la existencia humana, así como del sentido de la vida en sociedad. Estas experiencias, marcadas por su longevidad, son diversas y por tanto completamente particulares. Si no son portadoras de una respuesta a los problemas de hoy es porque estas preguntas son nuevas, pero el patrimonio del que pueden presumir contribuye positivamente a plantear las cuestiones a partir de un horizonte humano mucho más amplio que aquel que se define por las ciencias y por la técnica, por la economía y por la política, tal como funcionan en el momento actual; su patrimonio puede aportar igualmente orientaciones, convicciones, percepciones capaces de alimentar la búsqueda de respuestas colectivas más adecuadas.

Los límites de la modernidad

Mucho se habla hoy de una "vuelta de lo religioso". Está claro que la pregunta que planteamos no es extraña a ese fenómeno. Pero conviene situar bien los términos.

La mayoría de nuestros Estados son laicos, fundados sobre la separación entre la Iglesia y el Estado. Es la situación que se destaca más netamente en Francia, aunque los funerales de Mitterrand ya mostraron que las cosas no estaban tan claras. ¿En qué se apoya esta separación? Hunde sus raíces en la experiencia de las Luces: una forma de racionalismo positivista que nació de una observación traumática de la violencia causada por las religiones. Las religiones conducen, en sus diferencias, al fanatismo y a la guerra: Europa fue arrasada por las guerras de religión. Si se quiere la paz civil, entonces es necesario desplazar las religiones del espacio público, con la esperanza de que acabarán de desaparecer por ellas mismas, mientras que sola la razón es capaz de explicación y de unidad. Expresar las convicciones —y en ellas se incluye las fundadas en el ateísmo y el agnosticismo— queda así eliminado del espacio público. Para construir el consenso político que necesita la sociedad bastan los argumentos razonables, de orden económico, técnico, científico y jurídico.

Hoy asistimos a las limitaciones de este enfoque. La modernidad, fundada sobre la confianza en la razón autónoma, venía arrastrada por un triple proyecto. El primero era el del progreso científico que suponía una entera transparencia de lo real, en un orden de causalidad claramente analizable y demostrable; hoy percibimos que hay que dejar lugar a lo aleatorio, al azar, al caos; se descubre cómo todo progreso en el conocimiento es co-

mo una puerta hacia un nuevo desconocido. El segundo proyecto era el del dominio total de la naturaleza al servicio de la empresa humana, gracias a la técnica; se vuelven a encontrar los aprendices de brujo pues la naturaleza es frágil y cuando se la maltrata se vuelve contra la sociedad humana. Existían, por último, los grandes proyectos políticos, construidos por la voluntad de control sobre la historia de las sociedades humanas. El comunismo condujo al totalitarismo y se desplomó en sus propias contradicciones. El capitalismo liberal creyó triunfar al ofrecer un nuevo orden mundial; las guerras exteriores casi han desaparecido, pero las han sucedido múltiples guerras civiles o intestinas; y en cuanto a una economía que se mundializa, manifiesta tanto sus fragilidades (burbuja financiera) y sus contradicciones (empobrecimiento creciente y exclusión de una parte importante de la humanidad).

La razón da por supuesto un cierto distanciamiento respecto de las cosas, un orden limitado y en principio controlable, una visión clara. Esta razón, que es aliada indispensable de la acción humana, cada vez controla menos las cosas. La sociedad se ha hecho mucho más compleja; las identidades nacionales están en cuarentena por la mundialización de la economía y la universalización de los modelos técnicos; la información es inmediata y está marcada por una extrema multiplicidad, siendo el detalle y lo esencial algo que constantemente se mezcla sin distinguirse; predominan la imagen y la emoción. Ya no hay ni referencias ni pistas.

Diversidad de las expresiones religiosas

El resurgimiento de lo religioso es directamente un producto de cierta modernidad, la modernidad que ha llegado a sus propios límites. La ciencia, la técnica, la economía son útiles indispensables para una sociedad más humana, de la misma manera que la búsqueda de autonomía y la autoestima de la persona son valores fundamentales. Y es el propio desarrollo de estos instrumentos y valores de la modernidad los que hacen brotar con fuerza las cuestiones del sentido.

El mercado religioso o seudo-religioso prolifera en un contexto de este tipo, tomando formas diversas. El individualismo contemporáneo trae consigo que lo religioso se encuentre a menudo con expresiones muy individualizadas, a partir de combinaciones más o menos eclécticas de elementos que provienen de las tradiciones cristianas, orientales, esotéricas, etc.: así, esa nebulosa denominada "Nouvel Âge".

La ausencia de referencias y de pistas colectivas entraña la fragilidad con que se manifiestan muchas personalidades y explica el éxito de las sectas, la referencia ciega al maestro, al gurú, supliendo la debilidad de la identidad personal y la pertenencia colectiva.

Las amenazas que la brutal modernización económica hace recaer sobre los individuos y sobre los sentidos tradicionales de pertenencia están también en el origen de diferentes formas de integristas: movimientos islamistas, extremas derechas con tintes y referencias religiosas...

Es evidente que estas formas religiosas que despierta una modernidad en desarrollo no pueden alimentar un debate democrático. Algunas de ellas amenazan directamente la democracia: las sectas y el integrismo. Así se comprenden las resistencias muy fuertes e incluso la oposición que se manifiesta en un importante sector de ambientes laicos ante el tema de una intervención de las religiones en el debate público. El resurgimiento imprevisto de lo religioso lo vive la opinión laica de signo racionalista y positivista como un grave peligro para su propia lucha por una sociedad liberada de las tutelas dogmáticas y de sus violencias.

La historia explica suficientemente esta desconfianza instintiva; la alimentan fanatismos sectarios e integristas que le suministran sobrados argumentos. De aquí deriva muchas veces ese sectarismo anti-religioso que se creía propio de una época pasada.

En busca de un nuevo humanismo

Justo al lado de esa reacción crispada que muestra parte del pensamiento laico clásico —expresión de una memoria herida— se advierte cada vez con mayor fuerza el nacimiento, en el propio seno del humanismo laico, de palabras tales como fe, creencia, espiritualidad. Este fenómeno es un signo de la importancia vital que hoy esta tomando la “cuestión del sentido”. Asistimos actualmente a una fuerte necesidad de espiritualidad.

Edgar Morin, en su hermoso libro *Terre-Patrie* tiene expresiones particularmente enérgicas de esta dimensión.

He aquí el testimonio de algunos fragmentos del capítulo “El evangelio de la perdición”:

Este mundo nuestro es muy débil en su base, casi inconsistente: ha nacido de un accidente, quizá de una desintegración del infinito, a no ser que se considere un producto de la nada (...)

Efímeras son la vida, la conciencia, el amor, la verdad, le belleza. Estas maravillosas apariciones suponen formas de organizaciones, oportunidades inauditas y riesgos mortales. Para nosotros son fundamentales, y sin embargo no tienen fundamento. Nada hay de fundamento absoluto, todo procede en última o en primera instancia de un sin-nombre, de una sin-forma. Todo nace en la circunstancia y todo lo que nace es presa de la muerte (...).

Nada escapará a la muerte. No hay salvación en el sentido de las religiones que proponen como salvación la inmortalidad personal. Tampoco hay salvación terrenal, como lo prometió la religión comunista, o sea, aquella solución de tipo social en la que la vida de cada uno y de todos quedaría liberada del dolor, del azar, de la tragedia. (...)

Necesitamos, para continuar humanizando y civilizando la tierra, de una fuerza que se comunica y que hace comunión al mismo tiempo.

Se precisa un aliento, “religioso” en este sentido, que opere en nuestros espíritus el entrelazamiento de los humanos, que el mismo estimule el deseo de descansar los problemas de unos en la existencia de los otros.

¿Puede intuirse una religión terrenal del tercer tipo, una religión que sería la religión de la perdición? (...)

Sería una religión sin providencia, sin futuros radiantes, pero capaz de unirnos solidariamente unos a otros en la Aventura desconocida.

Sería una religión sin promesa pero con raíces: raíces en nuestras culturas, en nuestra civilización, raíces en la historia planetaria, raíces en la vida. (...)

Sería una religión terrenal, no supraterrrestre y, tampoco de salvación terrenal. Pero sería una religión de salvaguardia, de salvamento, de liberación, de fraternidad.

Sería una religión —como toda religión— con fe pero, a diferencia de otras religiones que rechazan la duda con el fanatismo, ésta sería una religión que reconocería la duda y dialogaría con ella. Sería una religión que asumiría la incertidumbre.

Sería una religión abierta sobre el abismo.

El reconocimiento de la Tierra-Patria confluye con la religión de los mortales condenados o, más bien, desemboca en esa religión de la perdición. No hay pues salvación si esa palabra significa escapar de la condena. Pero si la salvación significa evitar lo peor, encontrar lo mejor posible, entonces nuestra salvación personal está en la conciencia, en el amor y en la fraternidad; nuestra salvación colectiva es evitar el desastre de una muerte prematura de la Humanidad y hacer de la tierra, perdida en el cosmos, nuestro "puerto de salvación"⁵.

La llamada al sentido puede encontrar respuesta en formas mundanas de espiritualidad; las tradiciones espirituales religiosas, y por tanto las

Iglesias, vuelven a ser interpeladas en esta coyuntura.

4. ¿Bajo qué condiciones la iglesia hace uso de la palabra?

Hoy se abre un espacio nuevo para la dimensión espiritual del sentido. Fuera de dudas, este espacio se convierte en lugar para una pregunta de vida o muerte para nuestra sociedad. También puede ser una oportunidad para la Iglesia⁶. En todo caso se trata de un desafío y de una invitación. ¿Qué condiciones hacen falta para que la Iglesia juegue el papel que le es propio, precisamente por su vocación de testigo del Evangelio? Señalaré algunas de esas condiciones.

- La Iglesia perderá credibilidad y presencia significativa en el debate en curso si frente a lo que está en juego, que son verdaderamente cuestiones vitales para la humanidad, no considera como su preocupación esencial la misma vida de la humanidad, y ve solamente una oportunidad de conquista para extender su influencia y ganar nuevos adeptos. Esto requiere, por parte de la Iglesia, un cambio profundo para no centrarse en sus preocupaciones institucionales y, en particular, en la defensa de su propio espacio dentro de la sociedad.

- La Iglesia debe poder reconocer realmente la novedad de estos temas. Es evidente, por ejemplo, cómo las nuevas biotecnologías plantean cuestiones definitivas respecto a la dignidad humana. La Iglesia tiene algo muy serio que decir en este debate tan difi-

cil, tiene que dar un testimonio precisamente por su sensibilidad ante la persona humana, por su concepción del ser humano como imagen de Dios. Tiene razón hoy la Iglesia cuando se angustia por el desprecio de la vida humana que manifiestan determinadas prácticas. Tendrá que decir "No" con fuerza, en algunas circunstancias. Y sin embargo, no puede intervenir limitándose a una mera repetición de una doctrina histórica y refiriéndose a una autodenominada unanimidad de la tradición, siendo así que la problemática actual era imposible plantearla en esos términos en tiempos pasados: no basta con una aplicación de los principios generales ya conocidos cuando las situaciones son inéditas. No hay tradición que responda con soluciones concretas ante preguntas nuevas. La Iglesia no puede testificar su sentido de la dignidad de la persona humana más que en una escucha humilde la de experiencia contemporánea y, en particular, la experiencia de aquéllos que son sus actores: personas directamente afectadas por las nuevas prácticas, profesionales de estas prácticas sean científicos o médicos, especialistas del campo de lo social, filósofos, etc. Una palabra modesta, ni dogmática ni autoritaria, que no pretenda la posesión de la verdad, puede participar de una manera fecunda en la búsqueda contemporánea del sentido y en la elaboración de las decisiones políticas imprescindibles. Esta participación supone, por parte de la Iglesia, que esté dispuesta a dejarse desplazar en algunas de sus convicciones y representaciones en el encuentro con los otros. Ya tuvo que

hacerlo, por la fuerza de los acontecimientos, en otras ocasiones de su historia: puede pensarse en las discusiones acerca del origen de la humanidad planteadas por el desarrollo de la crítica bíblica e histórica, en la crítica al gran principio 'fuera de la Iglesia no hay salvación'. Muchas veces la Iglesia no aceptó una modificación de sus perspectivas a no ser por la oposición de los hechos, resistiéndose todo lo posible, y aún más allá de lo posible. ¡Qué dañina ha sido esta actitud para la propia Iglesia y para la sociedad! Una intervención de corte profético —necesaria muchas veces— sólo es posible después de una participación abierta y positiva en la reflexión y en la búsqueda en común.

- Tener el sentido de una participación igualitaria en el debate. Frente a la novedad y a la urgencia de los desafíos y de los debates, todos los actores se encuentran ante una situación fundamentalmente igual. Es cierto que las competencias son diferentes y más o menos grandes; hay experiencias que pueden tener más o menos peso; hay enfoques que abogan por privilegios: lo político en relación con lo económico, lo social con relación a lo político, los "enfoques de significados" (filosóficos, espirituales, teológicos) en relación con las opciones de tipo pragmático. Pero ningún sector de conocimientos o de competencias tiene un acceso directo, completo o exclusivo a la verdad o al significado sin tener en cuenta a todos los otros, las posibilidades y obstáculos que los caracterizan. Y es bien difícil, por parte de la Iglesia, reconocerse simplemente como un interlocutor más

entre los otros, sin pretender acallar las respuestas prácticas a nuestros interrogantes humanos por el recurso a la propia revelación divina...

- Tenemos que poder hacer, dentro de la Iglesia, una relectura libre y crítica a la vez de todos los grandes símbolos que animan nuestra tradición de fe y, en particular, de la simbología bíblica, a partir del horizonte abierto por las preguntas actuales; también necesitamos una relectura libre y crítica de nuestra propia historia, con sus luces y con sus sombras, en pura verdad y sin ninguna ambición apologética. Es un trabajo necesario de actualización, de interpretación en el hoy. No es un trabajo que tenga que realizarse de forma doméstica e interna a la comunidad cristiana; debe efectuarse bajo la mirada y en diálogo con los demás, partiendo de la siguiente preocupación: ¿en qué y cómo la tradición de sentido que hay en nosotros y de la que somos herederos, —esa tradición caracterizada por la fe en un Dios que nos habla en la historia y viene a nosotros en Jesús, su Hijo—, puede contribuir hoy a hacer vivir a la humanidad, de tal forma que ésta vaya tomando la figura del Reino que esperamos?

- Es de sumo interés, cuando los cristianos actúan en los debates acerca de la sociedad, que la institución a la que pertenecen, o que de alguna manera más o menos oficial representan, ofrezca en público un rostro coherente con lo que propone o reivindica para la sociedad. Aspectos como la participación democrática, el derecho de libre expresión, la igualdad entre hombre y mujer, la transparencia en el

ejercicio del poder... todos ellos parecen estar gravemente distorsionados en el funcionamiento actual de la Iglesia y en la concepción que ella tiene de sí misma. Estas contradicciones constituyen un obstáculo serio para una presencia creíble y fecunda de la Iglesia en los debates sobre la sociedad⁷.

La Iglesia católica no está hoy en condiciones de responder satisfactoriamente al punto anterior; de hecho, está ciertamente limitada en el servicio evangélico que tendría que prestar con urgencia al mundo de hoy. Hay que actuar asumiendo esta contradicción que por una parte nos afecta a todos, al mismo tiempo que trabajamos por las transformaciones y por la renovación necesarias. Esta coyuntura representa una oportunidad y un desafío importante para los creyentes y para los teólogos. Hace falta no perder esta posibilidad de ser humilde levadura en la masa y luz en medio del mundo.

Notas

- 1 Rennes, ediciones Apogée, 1994. En su presentación, Delors escribía: "Hay todavía mucho que hacer para asegurar la primacía del espíritu y la aportación indispensable de la cultura en nuestra Europa y en nuestras democracias desvitalizadas. Porque esta Europa, que está en vías de unidad, necesita una memoria y un alma. Así, y solamente así, haremos prosperar el espíritu europeo".
- 2 *Travail et solidarité. Éthique et spiritualité*, publicado bajo la dirección de I. Berten, Rennes, Apogée, 1996.
- 3 *Lectures critiques de documents et de projets d'Eglises en Europe que traitent de la question du chômage et de l'avenir du travail dans une société en pleine mutation*, Bruxelles, EECS, 1995.
- 4 He aquí una señal de esa relativa marginalidad: cuando la Comisión (célula de prospectiva) organizó la reunión de Toledo estuvo representada por Martine Reicherts, asesor

Ignace BERTEN

del gabinete de Jacques Santer y, por tanto, un funcionario de nivel muy alto, por dos miembros de la célula de prospectiva (Jerôme Vignon y Marc Luyckx) y por un miembro de la representación de la Comisión en Madrid. Pero ni un solo comisario o funcionario de alto nivel de las direcciones generales... Al contrario, los gobiernos enviaron observadores muy importantes.

- 5 París, ed. du Seuil, 1993, págs 195 y 206-208. Evidentemente, es una pena haber tenido que cortar un texto tan bello.
- 6 Hablo aquí de "la Iglesia", pero son todas las iglesias cristianas las que son interpeladas, siendo ese el terreno en el que la colaboración ecuménica es esencial. Por "Iglesia", y para simplificar, denomino específicamente a la Iglesia Católica y Romana, no solamente porque hablo desde ella, sino también porque los aspectos que he destacado se aplican más concretamente a ella. Y al hablar de

"la Iglesia", además, me refiero a sus diferentes actores, institucionales o no: representantes oficiales u oficiosos, asociaciones cristianas, teólogos, creyentes de a pie...

- 7 Por esta razón es importante el número de firmas que la Declaración "Wir Sind Kirche" ("Nous sommes l'Eglise") ha obtenido en Austria (500.000 firmas) y después en Alemania (1.800.000), aunque en otros países haya tenido una acogida más escasa: no se trata solamente de una cuestión interna de la Iglesia, sino de la posibilidad de que ella pueda ejercer su función evangélica al servicio del mundo.

Ignace BERTEN
ESPACES
Bruselas/Estrasburgo
(traducción: María Paniagua)